

LA HISTORIA DEL PRESENTE, ¿UNA CUESTIÓN DE MÉTODO?

Julio Aróstegui

Universidad Complutense de Madrid

El *presente* es, antes que nada, una construcción cultural. Con el paso del tiempo, los hombres acentúan la tendencia a considerar su experiencia vital como una historia y el presente histórico que se vive aparece como producto de una acción intergeneracional circunscrita al “espacio de inteligibilidad” que podemos percibir en cada momento histórico. Esa tendencia y percepción (la *historización* y la *acción intergeneracional*) serían las claves sustanciales, o los presupuestos, que nos parecen, no, desde luego, los únicos, pero sí los fundamentales, para poder convertir el presente en el *campo* y el *objeto* de estudio inteligible como *historia vivida* y escrita por quienes la viven. Si este esfuerzo por fijar tales claves ha conseguido, al menos en un nivel aceptable, clarificar las dimensiones del presente histórico, es de suponer que estemos en disposición apropiada para enfrentarnos con la tarea más pragmática, pero no menos importante, que nos aguarda: la de fijar de forma preliminar las operaciones de nuestra forma de acercamiento a la historia vivida.

La historia del presente, en cuanto constituye el campo y objeto de un “oficio” de historiar con connotaciones algo distintas de las de la historiografía tradicional, se fundamenta en realidades históricas ellas mismas que obligan a hablar de un nuevo sujeto histórico y, por tanto, de concepciones nuevas sobre la naturaleza, la función y la reconstrucción de la historia. En el *modo* historiográfico que llamamos historia del presente existen ya, a nuestro modo de ver, algunas certezas o convic-

ciones que debemos dar por establecidas. Aún así, empecemos esta exposición con una cita, tan convincente como perturbadora a un tiempo que muestra bien con cuanta prudencia debe enfocarse la cuestión de las certezas. Se trata de la afirmación de Reinhart Koselleck de que “la historia del presente es una bella expresión pero un concepto difícil”¹. Admitiendo que la conceptualización de esta historiografía es, en efecto, difícil, ¿tiene ello una relación relevante con una *cuestión de método*?

Parece evidente, desde luego, que la relación entre los problemas de conceptualización y las cuestiones de método son de una importancia fundamental. En efecto, el método, en cualquier pesquisa del conocimiento social e histórico que pretende constituirse como un corpus de proposiciones que, en alguna manera, puedan ser consideradas “científicas”, es un problema esencial como muestra bien la historia de la construcción de las ciencias sociales particulares desde sus primeras configuraciones en el siglo XIX. La historiografía en su conjunto no ha sido ajena a este problema desde sus orígenes disciplinares según nos enseña la sucesión de escuelas, tendencias y metodologías concretas que se han desarrollado hasta hoy en cualquiera de sus múltiples campos.

La construcción de una historiografía que refleje la *historia vivida* se enfrenta a algunos problemas peculiares. Unos tienen un carácter epistémico sustancial, como es el de la necesidad de documentar una experiencia de sujetos e instituciones que no está acabada sino en curso en el momento en que esta historia se construye. Pero existen también problemas de índole más pragmática y entre ellos están los de la calidad y cantidad de la información disponible: la lucha contra la resistencia a la información pública, la tergiversación y ocultamiento, la inaccesibilidad. Otro problema es que la revolución tecnológica del último cuarto del siglo XX nos ha llevado a una situación absolutamente nueva en cuanto al carácter de las fuentes de la historia y la transmisión de la información, precisamente porque hemos entrado en la época del informacionalismo, de la redundancia y los “ruidos”, de la información que es “desinformación”.

Bien es verdad que todas las “disputas de método” presentan siempre un perfil ambiguo y, si aceptamos el dictamen de algunos, o muchos, de los cultivadores de

1. R. KOSELLECK: *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la Historia*. Barcelona, Paidós-ICE de la UAB, 2001, p. 116.

parcelas diversas de la ciencia social, superfluo. Y es que el método, en su significación más prístina de “camino” o procedimiento operativo para la adquisición de conocimientos fundamentados, no se construye con independencia de su propia andadura. O para decirlo en la expresión del poeta “se hace camino al andar”. No existe un camino real para la ciencia, como han repetido igualmente los metodólogos de oficio. El camino de la ciencia se va construyendo en la exploración continuada de su propio campo y objeto. Pues bien, siendo todo esto indudablemente cierto, no lo es menos que basándonos en la pertinente distinción entre unos *principios* y una *prácticas* del método², y en el estado actual de los estudios a los que nos estamos refiriendo, es ya posible un cierto género de reflexión sobre las peculiaridades del método.

Intentaremos aquí recoger algunas de tales reflexiones esbozadas en anteriores ocasiones, hacer un recuento de dificultades que ya han sido también señaladas, proponer algunas de sus posibles soluciones, al tiempo que enumerar realidades de nuestro propio campo, ciertos prejuicios no desterrados del todo y vías de acercamiento al nuestro en las que se ha reparado, tal vez, con menos dedicación de la posible. Dado el espacio disponible en esta Ponencia y, también la índole misma y la novedad del problema que se trata aquí, hacen, bien es verdad, que no podamos tener otra pretensión que la de aportar algunas ideas con carácter introductorio y exploratorio.

1. LAS DIFICULTADES Y LOS RECURSOS DEL MÉTODO EN LA HISTORIA DEL PRESENTE

La historia del presente ha surgido como un punto de vista específico dentro de la investigación histórica, si bien sobre la base de que esa investigación es siempre una forma más del análisis social. Sin embargo, en este análisis no puede haber otro punto de partida más que la consideración elemental de que la historia del presente, como empresa historiográfica, participará plenamente de las especificaciones generales ineludibles en toda investigación histórica. La historia del presente es, en definitiva, una contribución peculiar a tal análisis. Junto a las cuestiones de conceptualización y de contexto, es evidente que existen otras de no menos entidad referidas

2 . Véase a este efecto lo dicho en J. AROSTEGUI: *La investigación histórica. Teoría y Método*. Barcelona, Crítica, 2001, especialmente pp. 346 y ss.

al *método* con que esta investigación se desenvuelve, lo que, a su vez, tiene una estrecha relación con las condiciones de las fuentes de información, del material empírico que se maneja, de las operaciones técnicas precisas y de la particular posición del historiador.

Siendo esto así, en efecto, la proposición de que, en alguna manera, toda realidad investigada condiciona el método de su investigación no puede ser, sin duda, minimizada. Y en ese sentido, dada la particular naturaleza de la historia investigada aquí, algunas preguntas previas aparecen inevitables: ¿Cómo es posible tratar de un devenir histórico *no consumado* aún?, ¿cuál es la "trama" social precisa de la que fluye una historia de tiempo limitado, de menor espesor, podría pensarse, y cómo captar el sentido global de ella?, ¿qué fuentes de información son imprescindibles y cuáles son realmente las disponibles?, ¿cómo utilizarlas?; y, en fin, ¿cómo puede hacerse un análisis *histórico* del presente que añada algo a lo que ya dicen sociología, antropología, política y otros enfoques que no están obligados a ser, por definición, diacrónicos?

La respuesta necesita, obviamente, del apoyo de fundamentados y sólidos presupuestos metodológicos. De hecho, los trazos especiales que el oficio historiográfico del tiempo presente muestra se pueden resumir en tres tipos de condicionamientos propios: el especial sistema de relación que se crea aquí entre sujeto y objeto, la cercanía a otros análisis sociales paralelos y la entidad de las fuentes necesarias. Seguramente, el presupuesto metodológico fundamental para esta historia, y que sale al paso de la más común de las dificultades que suelen señalarse, es el que se basa en que la disposición del análisis en *diacronía* es consustancial a toda historia, pero aparece en este caso especialmente complicada porque no conoce el desenlace de los procesos de decisión humana, porque no puede adentrarse en la *histoire accomplie*. Es una historia que, contra lo que suele ser convencional, no refleja el futuro de un pasado, sino un presente sin culminación aún.

La historia del presente representa, por definición, análisis de *procesos en curso* o de aquellos que tiene alguna forma de vigencia inteligible en la vida actual. Frente a la historiografía tradicional que se caracteriza por el análisis de situaciones históricas de las que cabe decir que están *concluidas*, la dificultad aquí es, lógicamente, cómo captar y cómo analizar históricamente esas situaciones inacabadas. El punto de vista del sujeto historiográfico es, como hemos dicho, determinante: el proceso que está en curso es aquel que es percibido subjetivamente como tal. Pero,

¿cómo objetivar esta percepción? El método tiene que partir, ante todo, de que la materia de que trata es efectivamente algo “vivo”, de la dilucidación del sentido en que vive y de qué influencia tiene sobre ella la lógica de la situación en que los hechos se producen. No se trata, pues, de acotar periodos, sino de determinar el grado de inteligibilidad de un proceso en cuanto realidad susceptible de ser descrita y, además, explicada.

Paralelamente a las realidades y dificultades que se han señalado que afectan a los aspectos conceptuales del tiempo presente³, no son tampoco difíciles de observar las que se refieren al método. En las condiciones actuales, cuando se aborda algo identificable como historia *en curso*, el método utilizado aparece ligado a un gran pragmatismo, carente, por lo general, de reglas precisas, cargado de empirismo y de atención a la posesión de una buena información. Se nos muestra tal método mucho menos como operación sujeta a una visión en largo plazo, ligada a unos antecedentes inexcusables, interpretativa y distanciada, que ha quedado comúnmente recogida en textos escritos. Aquí, el repertorio informativo se concentra en textos u otras fuentes que van desde aquellos que se asemejan a la historiografía convencional hasta los que se apartan mucho de ella –relatos o historias de vida, presentación de testimonios, crónica personal, etc.–⁴.

La discusión nada infrecuente todavía acerca de si la historia del presente es cosa de periodistas, historiadores, sociólogos, o de cualquier otra especie de analista social o de profesionales de la comunicación, o bien de todos ellos a la vez, es algo completamente banal y por demás socorrido. Pero no puede dejarse de reconocer que no pocas veces esos diversos tipos de investigadores sociales y, por antonomasia, el periodista, han sido más sensibles que los historiadores mismos, y han reaccionado con mucha mayor rapidez, ante los requerimientos de un enfoque

3. Puede resultar ilustrativa la consulta de J. AROSTEGUI: *La Historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza Editorial, 2004. Parte Primera.

4. Véase lo que sobre ese empirismo dice M. TREBITSCH: “La quarantaine et l’an 40...”, en *Écrire l’Histoire du temps présent. Hommage a François Bédarida*. Paris, Maison des Sciences de l’Homme (EHESS), 1993, p. 66. En buena manera un ejemplo muy notorio de ello lo muestra, con independencia de su temática por demás importante, una obra como la de T. G. ASH: *Historia del Presente*, Barcelona, Tusquets, 1999, de cuya Introducción, verdaderamente decepcionante, ha dicho Pieter Lagrou, del IHTP, que “no hará escuela como un tratado de metodología particularmente innovador”. Lleva toda la razón.

histórico del presente. El historiador, debemos reconocerlo, continúa aún preso de viejos complejos ante lo que no puede ver con “perspectiva histórica”, se dice. Así, el presente aparece con frecuencia como objeto de crónica, de análisis cultural, de relato de la política, de reportaje o de recuento de problemas, pero en muchas menos ocasiones como objetivo de “una historia”.

A un proceso social-histórico de cualquier tipo que está en flujo debe podersele atribuir un origen y debe, hasta un cierto punto al menos, poder ser descrito. Por ello es siempre preciso partir de un análisis genético, del establecimiento del origen, pero prestando mucha atención y evitar caer en la falacia del mito de los orígenes que ya denunciara M. Bloch, es decir, de reposar en la creencia de que porque se haya definido el origen de un determinado desarrollo histórico éste se encuentra ya explicado⁵. Analizar los orígenes del feudalismo, por ejemplo, diría Bloch, no equivale a explicarlo. No basta con hablar de un nacimiento. En el caso del presente, para analizar la naturaleza de lo vigente e inacabado, por definición, son importantes también el recurso metodológico a los conceptos de estructura y acontecimiento y su relación recíproca y al estudio de la naturaleza de la acción de los actores –intencionalidad, lógica de la situación, etc.–.

Intentemos, por tanto, y para empezar, introducir una breve sistematización, y, en lo posible, una respuesta, a las fundamentales dificultades metodológicas que se derivan de esta inédita situación.

1.1. Las dificultades epistémicas

1.1.1. La efectiva dificultad de analizar procesos inacabados o inciertos

El historiador ha sido educado desde casi siempre en la inalterable creencia de que la historia sólo es posible analizarla desde el “futuro del pasado”. Es decir, desde aquella nueva situación histórica en la que el propio historiador *conoce ya* algo que era imposible que los actores conociesen en el momento en que tomaban y ejecutaban sus decisiones: el desenlace de ellas o, mejor aún, sus consecuencias. El actor histórico ni conoce en plenitud ni, menos, puede prever las enteras conse-

5. Véase el incomparable pasaje de M. BLOCH en *Introducción a la Historia*. México, FCE, 1952 (y eds. posteriores).

cuencias de sus actos, lo que ciertos tratadistas han llamado las “consecuencias perversas” de la acción⁶. Existe la inalterable creencia de que para que el pasado pueda explicarse es preciso conocer su futuro. Es decir, el pasado que consideramos debe estar concluido.

Sin embargo, la historia del presente debe ser explicada cuando se desconoce su futuro. ¿Pero qué sentido tiene escribir una historia sin futuro conocido? O, dicho de otra manera, ¿es que puede hablarse “históricamente” de algo cuyo futuro no se conoce? La pregunta sobre la posibilidad historiográfica de describir, y sobre todo de explicar, una historia que no es pasado, presenta, como ya advertimos antes, problemas epistemológicos serios y, también, por ende, problemas metodológicos. En algún sentido profundo, esta historia es un *pronóstico* del presente. No es una *retro*-dicción ni es una *pre*-dicción. Está entre ambas y facilita el discurso histórico como futuro del pasado, lo prepara.

La dificultad tiene, sin duda, posibilidades de ser superada, entre otras cosas porque la historia no es necesariamente una retrodicción. Pero, antes de avanzar más, es preciso matizar que *no todos* los procesos de los que se ocupa la historia del presente son en absoluto de tal tipo, es decir, son procesos inacabados. La noción misma de “presente histórico” es extremadamente lábil; es, hemos dicho en otra parte, esencialmente una construcción cultural⁷. Sólo la consideración *global* del presente como un tiempo en el que están integradas instancias convergentes puede darnos el resultado de un proceso inacabado. Por lo demás, todo el encadenamiento de hechos que dan lugar a un proceso diacrónico es analíticamente descomponible en los múltiples momentos que se integran en él y que pueden tener ritmos temporales distintos. Pero, además, sin la existencia de algunas formas de recurrencia, de repetición, no es concebible historia alguna; “importa sacar a luz las diferentes estructuras de lo que es susceptible de repetirse y las diferentes velocidades del cambio, sin las cuales no es posible conocimiento histórico alguno”⁸.

6. R. BOUDON: *Effets pervers et ordre social*. Paris, Presses Universitaires de France, 1993, (2^a).

7. J. AROSTEGUI: *La Historia vivida...*, o.c., pp. 77 y ss.

8. R. KOSELLECK: *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, p. 16.

En consecuencia, muchas de las estructuras temporales del presente son analizables como “microprocesos” y como recurrencias, porque la realidad analítica es divisible hasta el límite de ciertas unidades de acción para permitir su mejor explicación. En consecuencia, el historiador del tiempo presente no puede dar cuenta cabal de procesos globales acabados, ciertamente, pero puede descomponer debidamente tales procesos para intentar dar mejor cuenta de ellos. La experiencia de un conjunto social tiene siempre un sentido, aunque sea parcial, en cualquier momento de su desenvolvimiento. La historia del presente, por lo tanto, se aparta de la mera retrodicción del pasado.

Su campo son los procesos limitados. Toda corriente histórica no es ni absolutamente cerrada, ni completamente abierta; tiene una lógica identificable. Las consecuencias de la historia del presente no pueden ser vistas fuera del presente mismo. Pero en cada presente hay contenidos siempre pasados que pueden marcar tendencias. No se puede *retrodecir* el presente, pero en él el historiador estudia, como en cualquier otro análisis de los hechos sociales, acciones consumadas.

Implicado estrechamente en esta problemática, existe otra muy tratada también por la historiografía tradicional. Y es aquella que habla de la necesidad de una cierta *perspectiva temporal* para la posibilidad de cualquier análisis histórico. Esa perspectiva en el largo plazo no existe en nuestro caso y, de hecho, su ausencia equivale a la constatación de que el historiador del presente no puede explicar desde el futuro. Es verdad, no hay inconveniente en insistir en ello, que el hecho de que la historia del presente se escriba sin conocer “el fin de la historia” acarrea dificultades prácticas. Para hacer historiable una realidad inmediata y vivida es precisa, sin duda, una seria reflexión sobre ella. Pero una cosa es la necesidad de reflexión y otra la de “lejanía” en el tiempo, o falsa perspectiva temporal. Un proceso histórico que podemos caracterizar de concluido –la Inquisición– tiene un tratamiento historiográfico tan problemático como el del “choque” entre culturas que hoy vivimos o como el de procesos que, aún siendo “hechos históricos” concluidos, tienen una particular vigencia en la memoria colectiva.

1.1.2. Los requerimientos del análisis de la acción

La historia del presente significa también una redefinición de la naturaleza de la acción humana, individual y colectiva, frente al exceso de “estructuralismo” que se ha visto en el pasado y, en consecuencia, una posición nueva ante el problema de la

acción y el cambio social. Al aspecto particular de los sujetos o actores del cambio, se suma el de la duración temporal de éste. En manera alguna puede aceptarse que todo se explica por la “voluntad” de los actores, por las intenciones de los sujetos. Prestar atención a los resultados históricos de la acción quiere decir que el presente histórico no queda enteramente circunscrito tampoco por el hecho de que podamos dar cuenta de las “razones” de los hombres para actuar. Sino que una situación histórica se define por “un estado de cosas”, por la dialéctica entre la acción y las estructuras en que ésta se produce, no por las intenciones, deseos, intereses y manifestaciones de quienes actúan⁹. Por ello, la historia del presente no será nunca un personalismo de los “personajes”.

Como señalaremos después, al hablar brevemente de la “lógica de la situación”, todo cambio histórico parte de acciones “libres” de las gentes, pero de acciones que están condicionadas inevitablemente por las situaciones en que se producen. La historia del presente refleja de forma explícita esa dialéctica entre *estructuras* y *acción*. En definitiva, la historia del presente se basa también, como la historia convencional, en el hecho de que el problema de la *duración* define toda la vida social y que en el presente histórico semejante duración es esencial, en positivo o negativo. La clave está en la determinación de cuándo el cambio nos ha hecho entrar en una situación histórica nueva. En consecuencia es crucial que el análisis histórico del tiempo presente conjugue tiempo largo y tiempo corto, acontecimiento y duración.

1.1.3. *La especial implicación de sujeto y objeto*

En estrecha ligazón con las dificultades anteriores se encuentra, desde otro punto de vista, un viejo, y en buena manera prejuicioso, presupuesto que establece la imposibilidad de una ciencia que no lo sea de lo general, de un objeto externo y delimitable, en definitiva, de aquello que queda fuera del propio mundo del investigador, lo que resulta determinante desde la idea de ciencia que elaboró el positivismo. Pero en una investigación que es por esencia de la dinámica diacrónica en la que está implicada la inextricable *coetaneidad* y relación entre sujeto y objeto, entre historiador y hechos historiados, la dificultad de separar una cosa de la otra figura entre las características medulares de la historia del presente. Las trampas que

9. Véase igualmente J. AROSTEGUI: *La investigación histórica...*, o.c., pp. 277 y ss.

lo vivido puede tender a quien intenta historiarlo son evidentemente muy de tener en cuenta.

Pero, en sentido contrario, ¿es pensable que pueda haber ciencia social alguna sin partir de lo vivido?; ¿le está vedado al economista tener acciones en bolsa?, o ¿tendría el sociólogo que dejar de pertenecer a una clase social o el politólogo a un partido político en aras de la “descentración” con respecto a su objeto de análisis?, etc¹⁰. No hay investigación social de ningún género que pueda situar al sujeto de la investigación fuera de su objeto. El investigador, como un sujeto social cualquiera, no puede escapar a las determinaciones sociales, por más que una cierta sociología del conocimiento, como la K. Mannheim, intentará encontrar escapatorias para esta aporía. Todas las ciencias sociales, que analizan tanto el presente como el pasado, se enfrentan a este mismo problema aunque con poco aviso suele creerse exclusivo o más agudo en la historiografía. El problema de la coetaneidad con los hechos suele ligarse siempre a otros que supuestamente conlleva acerca de la *objetividad*, *imparcialidad*, *perspectiva*, y demás.

Pero, insistamos, ¿debe decirse todo esto sólo de la historiografía o es un problema común de todo conocimiento, de todo conocimiento científico y especialmente del conocimiento social?. Aquí no cabe hablar de método historiográfico sino del método general de las ciencias sociales. El problema afecta a todas y cada una ha encontrado, o procurado encontrar, resoluciones propias. En todo caso, el historiador se encuentra aquí más cerca de los problemas de los otros analistas del presente. La ciencia social, y la historiografía dentro de ella, elaboran artificios precisos para conseguir que las observaciones de la realidad puedan tener una cierta “objetivación” aceptable en el plano intersubjetivo. Y es que irremediamente el observador de la realidad social participa de esa realidad misma.

¿Podría decirse, al contrario, que la perspectiva temporal modifica en profundidad el problema del subjetivismo? En último extremo, la respuesta afirmativa no se basaría sino en una suposición no comprobada: la de que, por definición, los hechos

10. Es bien sabido que el problema de la *descentración* en toda investigación social ha preocupado a más de un tratadista. Señalemos dos casos notables: J. PIAGET: “La situación de las ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias”, en J. PIAGET Y OTROS: *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial/UNESCO, 1975 (2ª) y N. ELIAS: *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Barcelona, Península, 1990 (edición original alemana de 1983).

más lejanos en el tiempo estén más libres de implicaciones ideológicas. Nunca debe dejarse de insistir en que la resolución del problema de la *objetividad* no pertenece al plano de la situación, los propósitos o las intenciones del investigador. La objetividad no es una cuestión de voluntad sino de método. Permanece mal planteado, a nuestro juicio, el problema supuestamente decisivo de la inmersión del científico en su campo de investigación¹¹.

1.2. Los recursos del método

En correspondencia con lo dicho, frente a esas variables que plantean dificultades innegables al tratamiento metodológico de una historia del presente, pero que deben ser vistas dentro de un marco mucho más generalizado, no cabe duda tampoco de que la investigación ha de proveerse de sus propios *recursos*. Entre ellos, el historiador del tiempo presente escoge algunos que no se diferencian de los de cualquier empresa de conocimiento, mientras que otros le son peculiares en mayor grado.

1.2.1. El recurso al análisis genético y sus límites

Decíamos, con Marc Bloch, que el conocimiento de la génesis de un proceso histórico no equivale en forma alguna a su explicación. Pero ello no puede confundirse con la afirmación de que el análisis genético en Historia sea condenable o inútil. Ese recurso tiene su propio lugar y sentido. El nacimiento del tiempo presente puede ser, y debe ser, rastreado en el pasado, pero debe poder situarse en un *punto de ruptura* reconocible. Todo presente tiene una precisa *matriz histórica*¹². En consecuencia, sin contradecir lo ya argumentado, una función central de toda historia del presente es la de dar cuenta de los *orígenes* de nuestro mundo presente, aunque esa tarea no agote en modo alguno su explicación. Una cosa es el proceso por el que una situación nace y otra es la *causa* de su nacimiento. Y otra todavía es la manera en que esa situación *crece* o *cambia*. El *origen* y los precedentes de la transición posfranquista en España, de la caída del régimen soviético, de la disolución de la vieja Yugoslavia, como ejemplos aducibles, son parte esencial para elaborar la his-

11. A. CHAUVEAU, PH. TÉTART (eds.): *Questions à l'histoire du présent*. Bruxelles, Éditions Complexe, 1993, p. 35.

12. J. AROSTEGUI: *La Historia vivida...*, o.c., pp. 208 y ss.

toría correspondiente de estos eventos que conforman nuestro presente. Pero analizar las condiciones en que nacen esos procesos, y sus posibles causas, no es más que una parte del trabajo.

El rastreo de tales orígenes y causas es inexcusable y, seguramente, la primera tarea a emprender. Nuestro mundo presente sólo puede empezar a explicarse por su relación con mundos anteriores. La exploración de ello deberá llevar al historiador tan lejos o tan atrás en el pasado como sea preciso hasta encontrar la raíz de todos los elementos significativos del presente, de todas las memorias y todos los comportamientos, generacionales e intergeneracionales. El método del historiador del presente no se diferencia en esto de cualquier otra historiografía y aquí la historia del presente no se fija límites cronológicos. Por ello, la *memoria conservada del pasado* forma parte de la historia del presente.

El análisis genético de las realidades del mundo presente puede ser tan profundo y lejano como se quiera o se necesite y siempre deberá serlo mucho. La cuestión es que dicho análisis es un elemento de juicio, forma parte de lo que en otra ocasión hemos llamado “el acceso histórico al presente”. El presente se comprende mucho mejor desde su origen en el pasado. Pero el análisis del nacimiento debe acompañarse del análisis estructural y un análisis de las acciones, *agencial*, incardinados en todo acto humano.

1.2.2. La dialéctica estructura/acontecimiento

No hay análisis de la historia sin análisis de las estructuras. Estructura y acontecimiento son realidades inseparables, dialécticas. El acontecimiento es explicado por la estructura, “acontecimiento y estructura reenvían el uno al otro”¹³. Pero la historia del presente, como historia fundamentalmente en el tiempo corto, como historia del cambio vivido, no se confunde con la historia del acontecimiento. Por ello se ha insistido en que se enfrenta con “todo el espesor de lo histórico” y no meramente con la superficie. Lo cierto es que tiene la peculiaridad de estar repleta de acontecimientos, porque la experiencia se compone justamente de acontecimientos, porque nuestra percepción inmediata se basa en ellos, pero no porque en este tiem-

13. R. KOSELLECK: *Futuro pasado...*, o.c., p. 138. Es importante todo el ensayo “Representación, acontecimiento y estructura” en este libro, pp. 134 y ss.

po “haya más” de ellos o se componga exclusivamente de ellos. De ahí que sea preciso formular una nueva doctrina del *acontecimiento* y de su relación con las estructuras en el análisis histórico del tiempo vivido.

La “narración de los acontecimientos” en manera alguna equivale a la escritura de la Historia. No hay estudio de los acontecimientos posible fuera de la consideración de las situaciones históricas donde estos se producen. Este peligro de que se produzcan equívocos en estos presupuestos es particularmente evidente al tratar del presente histórico. La estabilidad o inestabilidad de un presente histórico nunca pueden ser postuladas, sino que es preciso determinarlas. Lo que ocurre es que la historia del presente se *vive*, y se hace objetiva a partir de la propia vivencia. No cabe, en todo caso, oponer en ella la estructura al acontecimiento, cada una de esas dos realidades tiene su propia temporalidad, pero están indisolublemente relacionadas.

1.2..3. El recurso a la “lógica de la situación”

Se ha hablado de la “lógica de la situación” en cuanto realidad sociohistórica y en cuanto recurso metodológico para examinar la estructura más profunda de las situaciones en que el hombre se halla inmerso y en las que tiene que actuar, cómo son un producto donde la libertad de la acción humana es conjugada siempre con el grado de determinación que impone la realidad social en la que vive. K. Popper se refirió a esa lógica como fundamento de la explicación social y después ha sido retomada por otros autores¹⁴. Popper habló de ello cuando ya existía una tradición de estudios en este sentido, a los que no fue ajeno M. Weber, de quien Popper se sentía deudor, aunque fuese él quien acuñase la expresión.

14. K. R. Popper trató de este asunto en dos ocasiones. La primera en “La lógica de las ciencias sociales” publicada en Th. ADORNO Y OTROS: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona, Ediciones Grijalbo. 1972, pp. 101-120 (original alemán de 1969). Volvió sobre el mismo asunto con adiciones y aclaraciones en un texto con el mismo título incluido en K.R. POPPER: *En busca de un mundo mejor*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1994 (original de 1992). Véase también S. GINER: “Intenciones humanas y estructuras sociales: para una lógica situacional”, en A. PÉREZ-AGOTE y I. SÁNCHEZ DE LA YNCERA (eds.): *Complejidad y teoría social*. Madrid, CIS, 1996, pp. 307-374. Un texto largo con bibliografía final. También importa P. SZTOMPKA: *Society in Action. The theory of Social Becoming*. Cambridge, Polity Press, 1991.

El problema esencial que la lógica situacional pretende abordar es el de la relación entre las acciones de los hombres y las condiciones sociales estructurales donde esas acciones se producen. Es una manera de abordar el problema acción-estructura, muy clásico en la sociología del siglo XX y en absoluto lejano ni ajeno a los problemas que presenta la explicación del cambio histórico. Existe ya un lenguaje adaptado a estas necesidades del análisis de la estructura y la acción: *estructuralismo (estructurismo)* y *accionismo*, que comúnmente, según se pusiera el acento en una u otra, se han entendido como holismo o individualismo metodológicos. Es posible encontrar un punto de convergencia entre los partidarios de los complejos sociales objetivos y los de la acción humana significativa. La lógica situacional es un intento de ello, de puente entre estructura y sujeto, entre objetividad y conciencia intencional. El análisis de las acciones en curso que constituye la historia del presente puede beneficiarse enormemente de esas ideas sobre la lógica de la situación.

Una definición de la lógica de la situación sería la que la señala como la “explicación causal de la acción humana mediante el análisis del proceso que se produce entre las condiciones de vida y los recursos a disposición de los hombres, sus conocimientos y creencias, y las intenciones que inspiran su comportamiento”¹⁵. La idea es que el hombre actúa para conseguir fines evaluando sus medios que siempre son escasos, nunca óptimos. Ya el propio Popper advirtió sagazmente que la mayor parte de las explicaciones históricas hacían uso de esa lógica. La lógica de la situación es aplicable a la explicación de cualquier acción humana que deja huellas históricas objetivas, pero es de especial pertinencia cuando estamos ante acciones humanas que se desarrollan ante nuestra vista y cuando no siempre podemos juzgar las intenciones del actor.

En algún sentido, las explicaciones *intencionalistas* de la historia han hecho uso de las razones o intenciones de los actores para explicar qué sucede históricamente aunque no han dejado de percibir que es preciso conocer las “resultados” de las acciones para poder hablar de las intenciones de los sujetos históricos. El resultado de la acción es siempre un problema en toda explicación de la historia del presente. Por ello, el recurso al análisis de la situación, *presente* por definición, en la que los sujetos actúan, es decisiva. La falacia de los intencionalistas no está en prescindir

15. GINER, “Intenciones humanas”, *o.c.*, p. 313.

de los resultados sino más bien en la creencia de que cualquier acción humana puede ser explicada “en sí misma” y su escasa atención al hecho de que la ejecución de las decisiones no siempre conduce al resultado esperado, es decir, que se interpone aquello que R. Boudon llamó “efectos perversos de la acción”, o, simplemente, los efectos no deseados.

1.2.4. *Simbolismos y representaciones. Los lenguajes*

La forma esencial de manifestación de lo humano y, consiguientemente, de lo histórico, es siempre un lenguaje. Pero el lenguaje se convierte de inmediato en “los lenguajes”, los verbales y los no verbales, los directos y los simbólicos, los más o menos sofisticadamente codificados y cohesionados. La importancia del lenguaje “de época”, de los lenguajes peculiares para el análisis de la historia de un tiempo, ha sido destacada muchas veces. El lenguaje es una vía de penetración para los fenómenos más íntimos de cultura. Entre el hombre y su entorno existe siempre una “versión del mundo” que es el resultado de la mediación cognoscitiva. El lenguaje es el vehículo por el que damos cuenta de los contenidos de la mente. La cuestión es que no *todos* los contenidos mentales pasan a los lenguajes, sólo se da cuenta de una parte de ellos porque los lenguajes son siempre instrumentos sujetos a mayor o menor elaboración y perfección. Esto tiene una importancia histórica indudable.

Muchos contenidos de conciencia pugnan por expresarse en alguna forma de enunciación que no siempre es la verbal. Posiblemente, una de las cuestiones más trascendentes en el panorama del simbolismo y los lenguajes para el hombre de hoy es la importante presencia junto al lenguaje verbal de otros muchos que no lo son o que condicionan y modifican profundamente a este mismo. Contrariamente, la comunicación, de cualquier tipo, representa una lucha constante para domeñar y adecuar los lenguajes como vehículo de forma que sean capaces de dar la mejor cuenta de los contenidos de conciencia y los contenidos culturales.

De ahí lo sugerente de una proposición como la de que “la historia auténtica es historia de sentidos, historia semántica; no historia de hechos, historia de signos”¹⁶. La idea de “representación simbólica” de una realidad y el análisis de los lenguajes en los que tal realidad queda captada tiene para la historia del presente tanta o

16. E. LLEDÓ: *Lenguaje e Historia*. Barcelona, Ariel, 1978, pp. 19 y 25.

mayor relevancia que la que se les conceden en otros tipos de investigación de la historia cultural, de la historia de las mentalidades, de la vida cotidiana o de la sociabilidad. La trascendencia de los mecanismos simbólico-culturales que hacen de mediadores en la apropiación del mundo externo se potencia aquí por tratarse de factores que pueden ser percibidos en su propia génesis como forma del lenguaje que el historiador comparte también. La historia del presente es siempre, en última explicación, un análisis de estructuras culturales. El lenguaje es la manifestación más profunda de ellas.

La cultura de los símbolos y su lectura coloca al historiador en un plano semejante al del antropólogo o el sociólogo que investigan realidades que pueden ser objeto de participación, con algún atisbo de “experimentación”. Esta situación hace de la historia del presente una investigación que tiene su espacio más significativo en las producciones culturales. La captación histórica del presente, lejos de tener como ámbito privilegiado lo político, tiene su observatorio más decisivo en las expresiones que revelan vigencias y pautas que sólo pueden ser entendidas como específicas de una cultura de época.

En realidad, mucho antes de que se hablase del giro lingüístico en la filosofía y las ciencias sociales, antes de que se reparara firmemente en que muchas cuestiones planteadas acerca del conocimiento del hombre y la naturaleza humana por la filosofía y las ciencias sociales podrían ser reducidas a problemas del lenguaje, la relación entre éste y el conocimiento y comportamiento humanos habían sido objeto de amplia especulación¹⁷. Que la experiencia histórica, tanto como el conocimiento de la historia, están estrechamente ligadas a los lenguajes verbales y a las representaciones simbólicas es cuestión sólidamente adquirida gracias a los esfuerzos especialmente de la nueva historia sociocultural. La experiencia vivida como historia participa de una fundamental manera de esta realidad. Si toda comprensión de la historia es una representación de la historia, el lenguaje de esa representación es básico para su comprensión. La expresión del *presente* como experiencia es en sí misma una forma particular del lenguaje.

17. N CHOMSKI: *El lenguaje y el entendimiento humano*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1992, p. 17 (la edición original del texto de Chomski es de 1967).

2. LAS PECULIARIDADES DE LA DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA DEL PRESENTE

Con no escasa frecuencia se ha pretendido y se pretende que una dificultad básica para la construcción de una historia del presente es precisamente la carencia de *documentos*, la falta de *fuentes de información* disponibles, adecuadas y suficientes, la imposibilidad del acceso a los archivos, la inexistencia o inaccesibilidad de las *fuentes* clásicas que el historiador emplea en sus reconstrucciones históricas y, en definitiva, la distorsión profunda que el trabajo del historiador habría de experimentar al enfrentarse con intención de hacer historia con un espacio temporal que parece no admitir el método documental tradicional. A nuestro modo de ver, y no es la primera vez que lo señalamos, esa apreciación se basa en un patente error de concepto y de observación que, sin embargo, refleja una visión de la función de historiar que está bastante arraigada: no sería posible hacer historia si no existen *documentos* y el documento por antonomasia es el de archivo, el documento depositado en el “archivo histórico”.

Pero estamos perfectamente en condiciones de superar esta esclerotizada manera de ver las cosas por cuanto hace tiempo ya que circula una idea nueva y mucho más amplia acerca lo que es realmente la documentación histórica, de los materiales susceptibles de servir como *fuentes de la historia*. Además, y esto no es menos importante, cabe establecer que, sobre la base de esa idea nueva, el problema real de la documentación de una historia del presente es justamente el contrario de lo que pretenden establecer las afirmaciones que comentamos. La cuestión no reside en la escasez de las informaciones sobre el discurrir presente sino en su extraordinaria *abundancia, variedad y dispersión*. Lo único cierto en lo que se afirma comúnmente es que para el presente histórico contamos generalmente con escasa “documentación de archivo” en el sentido clásico de esa clase de información, al menos en su disponibilidad, aunque tampoco aquí se trata de una imposibilidad absoluta sino siempre relativa.

Es ese el único punto que resulta innegable: la carencia, o la difícil accesibilidad, de esas fuentes tradicionales. Pero ese juicio no es equivalente al de la “ausencia de fuentes”. Lo importante es que las fuentes para el conocimiento de la Historia son hoy más abundantes, variadas y dispersas que nunca. Porque, como decimos, lo cierto es que la propia idea de *fuentes* de la historia, según las definió la metodología clásica y según la evolución posterior de esa misma idea, aunque

siempre dentro de la actividad historiográfica convencional, no es aplicable sin más en la historiografía del presente. En la actualidad, la idea de “fuente para la historia” no se corresponde en absoluto con la de “documentación histórica” tal como la acuñaron los preceptistas del siglo XIX y el primer tercio del XX. Sobre todo desde las nuevas concepciones sobre la información histórica que introdujo en su momento la escuela de *Annales*. Además, la idea de fuente histórica se encuentra muy afectada hoy también por las consecuencias de la revolución tecnológica de fines del siglo XX y su impacto sobre el mundo de la información. La documentación histórica se encuentra tanto dentro del archivo como fuera de él.

Esta constatación lleva las reflexiones sobre el problema en una doble dirección. La primera es que la historia del presente está sujeta a un tipo específico de fuentes de información que en forma alguna excluye las tradicionales aunque añada muchas nuevas. Por tanto estamos ante la realidad de unas *nuevas fuentes*. Derivado de ello, la segunda cuestión, de bastante mayor alcance, es que la revolución tecnológica de fines del siglo XX, en lo que atañe sobre todo a la entrada en la era digital, en la sociedad informacional, afectará decisivamente al mismo concepto y materialidad de las fuentes de la historia. No ya sólo a la materialidad de las fuentes mismas, creando nuevos tipos de ellas, sino en la realidad de su propio soporte, depósito y transmisión. Nos detendremos después algo más en ello.

Existen, por los demás, dos categorías generales en las que poder clasificar, como punto de partida, esas *fuentes* de la Historia que podría utilizar el historiador del presente. La distinción es sutil pero necesaria porque, de paso, nos ilustra sobre lo que debe entenderse correctamente por “historiar el propio tiempo”. Una cosa son las “fuentes de una historia del presente” y otra las “fuentes de la historia de *nuestro* presente”. En principio, la distinción básica entre ambas categorías es puramente pragmática: se basa en saber si determinadas informaciones *están o no a nuestra disposición* en este momento mismo.

En el primer caso (el de las fuentes para una genérica “historia-presente”), las fuentes para la historia de hoy sólo estarían disponibles *mañana*. Nos encontramos ante una categoría muy general que reúne todas las clases de documentaciones que primero se generan y en el futuro serían aplicables a analizar históricamente un cierto presente. En ese sentido cada historia del presente no podrá ser hecha sino cuando ya sea pasado. Las fuentes posibles en esa dirección serían prácticamente inagotables. Pero al historiador del presente no le interesa particularmente esa po-

sibilidad y capacidad y, por tanto, tampoco esa categoría de fuentes. Lo que interesa a este historiador es la segunda categoría de ellas, las de nuestro presente, es decir, las fuentes *disponibles hoy*. Las fuentes de las que hoy podemos hacer uso para nuestro propio tiempo son otra cuestión, más limitada, y disponemos de ellas en cantidad finita. Las fuentes para nuestro tiempo son aquellas que son accesibles *ahora*. En definitiva, la historia del tiempo presente, frente a las tradicionales *fuentes de la historia* tendrá que hacer uso de otras muchas nuevas. Esto lo tenemos perfectamente asumido, sabemos cuáles son esas nuevas fuentes y sabemos dónde encontrarlas.

Pero no solamente esas nuevas fuentes de la historia del presente incluyen muchas más cosas que el tradicional archivo –aunque obviamente *no excluyen* tampoco el archivo–, incluyen prensa, literatura gris, información electrónica en red, testimonio oral, estadística y un largo etcétera, sino que la *producción* misma de la información en el mundo de hoy hará que se acentúe aún más el cambio en nuestras concepciones de lo que son fuentes para el conocimiento histórico. No hay nada que haya experimentado mayor cambio que el concepto mismo de “documento”. Evidentemente, con el paso del tiempo las fuentes llegarán a ser evidencias muy distintas de las que conocemos hoy. El problema de las fuentes en la historia del presente tiene así siempre un sentido conceptual, además del meramente técnico y metodológico, en el que se presente continuamente la necesidad de redefinir la idea misma de fuente de información.

En definitiva, para resumir, la cuestión básica de la que en el fondo derivan todas las demás sobre las fuentes del historiador del presente es esa doble realidad, que tiene una perspectiva negativa y otra positiva, por comparación con la investigación de cualesquiera otras épocas históricas. Por su propia naturaleza, cuando se habla de historia del presente existe de una manera limitada la posibilidad del recurso documental al archivo. Esta es la perspectiva negativa. A cambio existe una inmensa abundancia de otro tipo de fuentes documentales, desde las más comunes como las noticias de la prensa y de otros medios de comunicación, hasta los recursos que se derivan de las publicaciones institucionales, las documentación sociográfica y sociológica, demográfica, la literatura testimonial, la historia oral, las fuentes icónicas y sonoras de los más diversos tipos. Esa es la parte positiva.

Seguramente, lo decisivo es el cambio en el panorama de las fuentes que hoy consideramos posibles. En realidad, cabría pensar que, puesto que hablamos de una

historia “presente”, la naturaleza misma del documento de archivo lo haría ya ajeno a tal tipo de historia, puesto que debe suponerse que tal documento es la huella de un hecho “pasado”. Pero en este caso no caben las visiones formalistas... Por muchas razones, el presente no puede prescindir del pasado, sus límites son convencionales y el recurso al pasado es clave en toda historia del presente¹⁸. En efecto, por una parte, se añaden algunas categorías de fuentes privativas a las tradicionales y comunes de la documentación histórica. En este caso, la fuente oral o la fuente visual-icónica son las más importantes. Por el contrario, existe una merma en buena manera de la tradicional documentación de archivo en razón de las limitaciones sociales y legales que la consulta de documentación reciente de todo tipo depositada en los archivos, de todo tipo también, plantea.

El problema no es, obviamente, la inexistencia de archivos susceptibles de ser usados en una investigación histórica, sino la imposibilidad de su uso legalmente regulado y las inconveniencias sociales que se derivarían de ese uso. Pero es evidente que lo que puede decirse de los archivos “oficiales” o de los “públicos” puede no tener aplicación en los “privados”. Como puede verse, estamos ante una imposibilidad práctica cuyos límites son de hecho bastante borrosos. En todos los países la documentación de los archivos públicos tiene unos límites temporales de uso que representan como mínimo la necesidad de que esos documentos tengan una antigüedad de veinticinco o treinta años, siendo el plazo habitual superior a ese hasta llegar a los cien años en el caso de los documentos notariales. Los documentos referidos estrictamente a datos personales y confidenciales, como hojas de servicios, historiales médicos, etc., están sometidos a cautelas especiales. ¿Debe el historiador del presente renunciar absolutamente al uso del archivo? La respuesta no puede ser sino muy relativa. Depende siempre de las posibilidades y necesidades del asunto.

La problemática del archivo privado, aunque no lo parezca, es compleja. Archivo privado es, por definición, el que no es público y si nos fijamos en su origen, como parece lo correcto, sería exactamente el que no procede de organismos estatales. La definición debe fijarse en el origen y no en los fondos. Pero esto no es siempre así: hay archivos privados que tiene documentos públicos (los de los polí-

18. Estas cuestiones conceptuales son ampliamente descritas y argumentadas en J. AROSTEGUI: *La historia vivida...*, o.c., especialmente en los capítulos 1º, 2º y 4º.

ticos) y archivos públicos que tiene documentos privados (casi todos los públicos que se han formado por requisa de documentos y no sólo archivos recientes como el tan discutido de la guerra civil en Salamanca). De ahí el enorme problema político que se puede plantear cuando se discute la propiedad de un determinado archivo. La situación es compleja y debe enfocarse en función del concepto de *fuentes* y en función de las posibilidades de acceso. Hay archivos privados de personas individuales y los hay de instituciones. De una persona, una empresa, un partido político, etc. La cuestión decisiva está en qué tipo de información para el presente puede proporcionar cada tipo de archivo.

A cambio, el tiempo presente nos ofrece un amplio panorama de posibilidades en las publicaciones oficiales o documentación informativa generada por todo tipo de instituciones: estadísticas, anuarios, informes, censos, memorias, de todo tipo de organismos, estatales o de otras instancias de la Administración o privados, publicaciones de las que el historiador de otras épocas dispone menos o a las que puede prestar menor atención. Una importantísima cantidad de esas informaciones se encuentra hoy en *Internet*. Pero al caso de la peculiaridad de la gama de fuentes de que ha de valerse la historia del presente se añaden determinadas especificaciones que son ya de orden metodológico y técnico, pero que, de todas formas, pueden ser analizadas también desde otros puntos de vista.

Existe una peculiaridad metodológica sustancial en este caso: la *fuentes* para la historia del tiempo presente es *producida* por el investigador en un grado mucho más acusado que en ningún otro tipo de investigación histórica¹⁹, y se acerca más, en todo caso, a la situación que se le plantea al antropólogo, psicólogo y, en menor grado, al sociólogo. Tal producción está sujeta a unas condiciones y posibilidades muy amplias²⁰. Más allá de esta necesaria elaboración, en buena parte, de las fuentes, ello conlleva asimismo problemas técnicos en la precisa construcción de ellas, en su utilización, normalización y depósito o registro. El nacimiento de la historia

19. Sobre la *producción* de la fuente ver J. AROSTEGUI, *La investigación histórica...*, o.c., pp. 336 y ss.

20. La producción bibliográfica sobre la Historia Oral o las Fuentes Orales para la Historia es ya bastante amplia. Digamos que una información adecuada en castellano no puede prescindir de la consulta de la revista *Historia y Fuente Oral*, editada en Barcelona, que desde el número 15, de 1996, ha pasado a llamarse *Historia, Antropología y Fuentes Orales*.

de lo reciente o coetáneo ha llevado consigo, en efecto, la aparición de *archivos orales* o *audiovisuales*. En último extremo, esta amplia gama de posibilidades presentes en el uso de las fuentes orales o icónicas²¹ ha hecho que se presenten una amplia gama también de enfoques, objetivos y concepciones de la Historia basada en fuentes no convencional como es en gran manera la historia del presente.

El uso esencial de materiales informativos variados y, en alguna manera, podríamos decir, mucho más volátiles y menos controlables que las fuentes tradicionales y que tienen muy mayoritariamente carácter “público”, puede hacer difícil sortear el riesgo de confundir la historia del presente con la sola historia de “lo oficial”, de la política en el sentido más inmediato y cotidiano, de las personas que tienen influencia en la vida pública. Ese riesgo se ve patentemente en muchas obras de historia reciente –la transición española, por ejemplo o la situación mundial de los años noventa–. De entre las fuentes para la historia del presente sólo las historias orales o las historias de vida son fuentes verdaderamente privadas. Los archivos privados susceptibles de uso lo son generalmente de forma limitada.

Sin embargo, la del presente no aspira menos que las demás historiografías a transmitir una historia *total* y de calado vital. Una historia de todas las direcciones y entresijos de la actividad social cuyos sujetos tiene el más diverso carácter y entidad. La historia del presente es también perfectamente susceptible de sectorializaciones. Las fuentes utilizadas deben combinar las informaciones impersonales, estadísticas, con los relatos de vida para reflejar una historia fiel. Es falso, por tanto, que la historia del presente se refiera sólo a las realidades “oficiales y públicas” de una época, y menos aún a las políticas, que son las que mayor huella dejan, las que más reflejan los medios de comunicación y las que mejor representadas están en los archivos. Y porque la mayor abundancia de informaciones personales es la de los grandes personajes o la de aquellos que tienen una amplia presencia en los medios de difusión de ideas e imágenes, con independencia de la verdadera significación profunda de esos personajes, efímeros muchas veces. Los *mass media* son un caudal constante de informaciones caóticas. Después del torrente mismo de las noticias

21. Algunas consideraciones de interés sobre la fuente icónica-documental (el cine es otra cuestión) y su uso, tema sobre el que carecemos de estudios suficientes, se contienen en M.P. BARRADO (Coord.): *Las edades de la mirada*. Universidad de Extremadura, ICE y SHTP, 1996.

vienen sus elaboraciones y sólo en un tercer nivel puede hablarse de un registro histórico de ellas. La ventaja de unas fuentes más directas está contrapesada por la dificultad de su manejo, verificación y valoración. Existe la constante posibilidad de “crear” los propios testimonios y por ello la posibilidad de manipularlos desde su origen mismo. Los grandes problemas de la documentación de la historia del presente se entreveran aquí, otra vez, con sus ventajas.

Hoy existe la posibilidad de obtener testimonios de casi todo, de ser testigo y, más aún, testigo privilegiado. Sobre las ventajas que tiene el historiar una cosa vivida no han dejado de pronunciarse algunos grandes maestros, entre ellos los padres de *Annales*, Bloch y Febvre, como es sabido. El peligro es que una historia vivida pertenezca en exceso a quien la vive, se haga incomunicable objetivamente, empezando por la dificultad de verificación de las fuentes. La cuestión clave, en resumen, que ya hemos comentado, de la cuasi coetaneidad entre hechos y testimonios sobre los hechos, que son, a su vez, coetáneos del historiador que los investiga y explica, es también real en el caso de las fuentes de la historia del presente. De ahí se deriva, ahora también, casi todo tipo de peculiaridades e igualmente de problemas. De ahí que las fuentes no-escritas de forma convencional, o las orales, sean un asunto central.

Pero no solamente las fuentes del historiador del tiempo presente tienen la especial cualidad de *poder* o *necesitar* de forma inexcusable *ser construidas* por el historiador sobre los testimonios dispersos de lo real sino que también se caracterizan *por* su mayor *inmediatez* en relación con los hechos que testimonian. Las fuentes del tiempo presente son ese sentido menos *huellas* o *restos* de una cierta realidad que ha desaparecido que *indicadores*, *pistas*, o incluso verdaderas variables a explorar para llegar a la realidad misma que se investiga que ahora puede ocurrir que aún no haya desaparecido en su totalidad. El problema del investigador histórico del presente es que tiene que captar siempre la realidad dinámica que las fuentes suelen presentarnos como estática.

3. UNAS NUEVAS EXIGENCIAS TÉCNICAS

Todo lo expuesto no debe escamotear, ni siquiera oscurecer, una realidad ligada a todo ello y de la que se derivan importantes consecuencias. Nos referimos al hecho de que la extraordinaria revolución en el concepto mismo de fuentes históri-

cas, el aumento de sus tipos y su disponibilidad, obliga a un considerable esfuerzo en la mejora, la ampliación y la eficacia de los procedimientos de *fijación y crítica*, de *depuración y análisis* de esos nuevos tipos de fuentes. Y dado el panorama de la información y la comunicación social en las sociedades de hoy, la depuración de la información es un determinante esencial para la comprensión cabal del mundo que nos rodea. El problema, pues, desborda el mundo concreto de la necesidad de la clásica “crítica de las fuentes” por parte del historiador.

En consecuencia, tanto o más que la conciencia de la variedad, de la singularidad, de esas fuentes, al tiempo que de la ausencia de ciertas fuentes convencionales, importa adquirir también el convencimiento de que el enfrentamiento y uso de esas fuentes necesita, justamente, nuevos procedimientos y técnicas elaboradas precisamente para ello. Técnicas que deben hacer uso amplio y adecuado de multitud de sistemas actuales, cada día nuevos, de producción y análisis documental. Las nuevas tecnologías obligan mucho al historiador del tiempo presente, le obligan a dominar más técnicas que el historiador clásico. Porque el problema fundamental, en el que hemos insistido, no es la carestía sino el nuevo significado *cualitativo* que las fuentes tienen. Se presenta, en consecuencia, un aspecto nuevo que no siempre es considerado como se debe: la necesidad de una intensa contrastación de las informaciones. En este sentido, parece claro, por ejemplo, que para la construcción historiográfica normalizada nunca será suficiente una fuente oral por su difícil contrastabilidad en sí misma. La complementariedad de las fuentes es aquí un presupuesto esencial y casi deberíamos introducir una posición crítica nueva, la de *contrastabilidad*, para clasificar las fuentes.

De paso, puede señalarse otra peculiaridad de no menor calado: el del enorme acervo bibliográfico que sobre la inmensa variedad de cuestiones que afectan a nuestro tiempo histórico se produce hoy, en soportes que no son ya solamente los tradicionales escritos, sino que a ellos se suman los audiovisuales y, sobre todo, el imponente y casi inabarcable caudal de información digitalizada. Una inmensa producción bibliográfica se suma a los enormes flujos de la información. ¿Cómo no perderse en la inmensa masa de la información circulante y lo que probablemente es peor, de la desinformación? ¿Cómo recomponer el mundo informativo del historiador?

3.1. La nueva crítica documental y los problemas de la información

La crítica documental en el campo de la historia del presente no difiere esencialmente de todos los procedimientos que son pertinentes en cualquier clase de trabajo histórico. En el ancho campo del método general, los desafíos técnicos son tal vez los más inmediatos y evidentes. A las antiguas prescripciones de todos conocidas se suma ahora también el problema de la creación de técnicas adecuadas para el aprovechamiento de ciertos materiales. El campo cada vez más extenso de la *fuentes oral*, de la *historia de vida* y de la *biografía* constituye en conjunto un desafío en cuanto a la exacta relación de todo ello con la construcción de una historia del presente. “Fuente” e “Historia” orales son cuestiones debatidas y de alto interés a este objeto. El aprovechamiento real y posible de los *materiales icónicos*, en soportes muy diversificados, no se encuentra sino en una fase preliminar a pesar de las exploraciones realizadas en ese terreno. Fotografía, cine, vídeo son fuentes cuya utilidad parece evidente pero cuya explotación como *fuentes centrales* y no meramente como complementos para la reconstrucción histórica dista de estar establecida. Podría, quizás, señalarse, como punto de partida para otras consideraciones, que las nuevas fuentes tienen, por lo general, menos problemas de *autenticidad* que de *veracidad* y *objetividad*²².

En opinión de algunos historiadores reconocidos, la historia del presente no tiene menos problemas metodológicos porque parta de nuestros recuerdos y nuestra experiencia: “esta historia exige tanto rigor, si no más, que el estudio de otros periodos”²³. A la pregunta de si entre la del presente y otros tipos de historia existen diferencias sustanciales, si hay diferencias de especificidad manifiestas, René Remond responderá que “no hay una diferencia de naturaleza entre el proceso del historiador que trabaja en la guerra del Peloponeso y el que se interesa en la IIª GM”²⁴. Porque es evidente que hemos avanzado en la verbalización de la memoria y en esa verbalización podemos incluir todas las fuentes sonoras. Pero cuando se

22. Para todo lo que se expone a continuación, será muy provechoso el conocimiento previo de la ya expuesto en J. AROSTEGUI: *La investigación histórica...*, o.c.

23. R. REMOND: “Quelques questions de portée générale en guise d’introduction”, en *Écrire l’histoire...*, p. 30.

24. *Ibidem*, 31.

trata de emplear fuentes no verbales, o incluso no numéricas, es decir, fuentes icónicas, la cosa cambia.

La imagen como fuente sólo adquiere sentido en la *serie*, en la relación imagen-tiempo y en el análisis simbólico. Entre la simple grabación de la realidad en un soporte visual y el empleo de las imágenes para la representación hay además una diferencia notable. No son lo mismo las películas que las filmaciones documentales, la foto de prensa que la foto ocasional o de estudio. La historia del presente es esencialmente un punto de confluencia de diversas ciencias sociales; no es posible que exista historia del tiempo presente sin aportes de algunos conceptos, pero sobre todo de método y técnicas concretas²⁵. Lo importante es que los problemas de la información se han convertido en claves. En la historia tradicional no podemos hablar de historia sino “con las fuentes en la mano”. En la del presente la búsqueda misma de las fuentes idóneas, la búsqueda de las propias informaciones, es ya construcción de la propia historia; es un continuo rescate de memoria, lucha contra lo oculto. Porque resulta tan importante aquí que la información se haya perdido como que se pretenda ocultar por lo general. O que está oculta culposamente.

La profunda remodelación que representa la sociedad de comunicación de masas de hoy, el cambio decisivo en las cuotas de participación social de las gentes comunes, la creación de una sociedad del espectáculo y de la información, no serían reales y explicables sin la revolución de los *media*. Los medios de comunicación son ahora más múltiples que nunca y se multiplican si parar –las autopistas de la información–. Desde el final de los años cincuenta se dispara la era de la televisión y desde los años veinte la de la radio. El papel de la prensa no experimenta una disminución sino, sobre todo, una especialización, su papel se ve aún potenciado por estos adelantos. Ello se explica por el avance de la alfabetización.

Nuestras sociedades no se explican ya sin el avance constante del *flujo de la información* y de la *manipulación e instrumentalización* de la información. Estamos en sociedades de flujo de mensajes permanente en las que el sistema de transmisión de la información, el triángulo emisor-medio-receptor modifica su estructura continuamente. Ningún aspecto de la historia de la segunda mitad del siglo XX es com-

25. L. NIETHAMMER: “¿Para qué sirve la H(istoria) O(ral)?”, en *Historia y Fuente Oral* (Barcelona), n° 2, 1989, pp. 3 y ss.

previsible sin atender a este nuevo flujo social esencial, de esta nueva “lubricación” y dinámica de las relaciones sociales que impone la información constante y la disminución de la idea de distancia en todos los sentidos, físico e intelectual.

La naturaleza de los *media* se ha diversificado enormemente, se ha especializado –hay medios fríos y calientes, instantáneos y de elaboración, etc.– que modifican sustancialmente el tipo de mensajes que transmiten y sus resultados. Pero tanta importancia como la información misma tiene ya hoy al comenzar el nuevo siglo la cuestión de la *hiperinformación*. “Los medios no pueden estar sin informar”; si la información no existe se crea y se inventa. Ello da lugar a que otro de los problemas esenciales sea “la navegación por la información”²⁶, su selección y utilización.

Después de la cuestión técnica referente a las fuentes de información y su nueva problemática, el segundo asunto con que nos enfrentamos es el derivado de una historia que se construye en una sociedad de “la comunicación y de la información”. Estas sociedades son mucho más cambiantes, más dinámicas. Están mucho más plagadas de acontecimientos. Por ello el acontecimiento recupera todo su esencial valor, sin que ello quiera decir, en manera alguna, que volvemos a la historia de lo *événementiel*, el acontecimiento recupera toda su importancia para el movimiento histórico, como señaló también hace años Pierre Nora. El acontecimiento es esencial, pero probablemente no por que *haya* más acontecimientos que en las sociedades tradicionales sino porque hoy, digamos metafóricamente, *se conocen* muchos más acontecimientos.

¿En que manera esta investigación histórica del presente que pretendemos se encuentra afectada por el cambio crucial de la información, de los *media*, de la hiperinformación? Es evidente que la respuesta implica varias direcciones de análisis. De manera introductoria puede decirse que el mundo de la comunicación continua, de la información y de la hiperinformación afecta esencialmente a la *forma de trabajo* del historiador. El historiador se enfrenta con una hiperabundancia de información pública, con una variedad inmensa de información común, de información fuertemente “preparada” e, incluso, deliberadamente manipulada. Pero suele tener mucho más problema en la información velada de la que dispone el Poder, in-

26. A. RODRÍGUEZ DE LAS HERAS: *Navegar por la información*. Madrid, Fundesco, 1991.

cluido el poder de los propios medios de información. Por consiguiente, el trabajo del historiador, más que nunca, es una lucha previa y continua por conseguir su información idónea. Las técnicas de depuración de la información tienen que ser más sofisticadas y cuidadosas que en tiempos y empresas intelectuales anteriores.

Como conclusión, provisional, la sociedad del presente a la que se enfrenta el historiador es la sociedad del acontecimiento. Esto significa, en efecto, que estamos ante una investigación social muy particular, que presenta nuevas dimensiones epistémicas y que resitúa al historiador de una manera que está en gran parte por definir dentro del campo de la investigación social: lo histórico tiene más que nunca como manifestación una dinámica de acontecimientos –las otras historias también, pero ésta más– y que el acontecimiento es algo más que amalgama y da su verdadero valor real a todo lo que estudian las demás ciencias sociales en las sociedades de nuestro tiempo.

3.2. Una nueva tipología de fuentes escritas

Según hemos repetido antes, los tradicionales medios escritos que el historiador ha empleado desde siempre, aquello que le ha dado su carácter más diferenciador como escritura de la historia, es decir, el uso de la documentación de archivo, encuentra serias limitaciones en la escritura de una historia coetánea. Los medios escritos que historiador usa es la literatura de su propio tiempo, la producción analítica de otras ciencias sociales, el periodismo escrito, la biografía y la autobiografía, los escritos oficiales de todo tipo y, por fin, el inmenso canal informativo que se acumula hoy en *internet*. El problema es, pues, tanto la inmensa cantidad y la heterogeneidad de los medios escritos manejables, como su inmediatez

3.2.1. La prensa y el periodismo

La prensa es una fuente privilegiada para el estudio de la historia del presente. Pero el gran problema del periodismo hoy es lo que, en términos generales, puede llamarse su *credibilidad*. La prensa es hoy, como bien se sabe, un inmenso territorio donde se instala el Poder²⁷. Ella no sólo constituye una fuente central por la importancia objetiva de la comunicación periodística en las sociedades actuales sino

27. M. RIVIÈRE: *El segundo poder. Cincuenta y cuatro entrevistas sobre los grandes cambios del periodismo actual*. Madrid, El País-Aguilar, 1998.

que, dada la abundancia de publicaciones periodísticas, la prensa por su permanente presencia es siempre una “fuente de reserva” en aquellos casos en que no se dispone de otras. Pero esta abundante disponibilidad es también el origen de problemas básicos de crítica de las propias fuentes escenificada ahora en el uso de la prensa. En realidad, las breves observaciones que aquí hacemos pueden ser ampliadas a tipos diferentes de información periodística como la que facilitan la radio o la televisión, independientemente de las características técnicas precisas de cada uno de estos medios. Si bien, como enseñó McLuhan hace años, el medio por el que se transmite un mensaje es siempre un factor determinante en todo proceso de comunicación cultural²⁸, con independencia de los contenidos mismos de tal mensaje. La prensa sigue siendo el medio de comunicación más importante, extendido e influyente en nuestra época, aunque es opinable cuál será la tendencia futura.

No son escasos los estudios sobre la cualidad y significación de la prensa, o la información periodística en general, en el universo de la comunicación. La prensa como medio de comunicación tiene unas características semiológicas precisas y unos condicionamientos como medio transmisor que es preciso conocer y tener en cuenta a la hora de evaluar correctamente qué información es la que emite y cómo llega al receptor, en este caso el investigador de la historia del presente. La comunicación periodística representa siempre “propuestas de lectura de la realidad social” que los medios hacen a sus lectores o receptores²⁹.

La prensa es un medio de información pero es también vehículo de emisión de mensajes ideológicos precisos, es también un medio de propaganda y de presión social, que normalmente representa a grupos concretos, y poco común que esas funciones están suficientemente delimitadas y separadas. Se ha dicho que un periódico

28. Deben recordarse en este contexto los escritos célebres en su momento de M. MacLuhan que hicieron famosa la proposición “el medio es el mensaje”.

29. A. MORENO SARDÁ: “Problemas metodológicos de la historia de la prensa: aplicación de la informática al análisis de las publicaciones”, en B. BARRÈRE, J.F. BOTREL Y OTROS: *Metodología de historia de la prensa española*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1982, p. 271. Véase también de la misma autora “‘Realidad histórica’ y ‘realidad informativa’. La reproducción de la realidad social a través de la prensa”, en C. GARITAONAINDÍA (ed.): *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1986, pp. 145-163.

co es “la reunión de tres elementos o parámetros: lo político, lo informativo y lo comercial”³⁰. Existe prensa que explícitamente actúa como portavoz de un emisor identificado: prensa de partido, de asociación, de Iglesia, etc.; pero la prensa “comercial”, teóricamente independiente, no deja de estar sujeta igualmente a condicionamientos de intereses particulares que no por menos explícitos son menos reales.

La prensa es, pues, una fuente de informaciones generales, de “acontecimientos” podríamos decir, pero es también transmisora de productos intelectuales, de opinión, de doctrina, de pensamiento e ideología de muy diversos órdenes. Como fuente tiene ese doble carácter. Por esto y por el carácter de producto efímero que en la hemeroteca se transforma en permanente se ha hablado de la polisemia de la prensa como fuente³¹. En ambos casos su contenido responde a “códigos” cuyos claves de desciframiento es preciso poseer, pero uno y otro son códigos no enteramente coincidentes, diferentemente legibles, o que no tienen el mismo peso en todo tipo de prensa.

Todos aquellos elementos que acompañan al mensaje sustancial, desnudo, de la información constituyen el “ruido” que acompaña a la transmisión y no hay ninguna información libre de tal ruido que el buen descifrador de fuentes históricas tiene que detectar. Los medios producen una *deformación* de la información que es esencial tener en cuenta a la hora de establecer la credibilidad de una fuente periodística³². Cuanto mayor grado de conflicto existe en una sociedad mayor es el grado de deformación de la información que se introduce en los canales periodísticos. A mayor conflicto existe más “ruido” informativo.

La prensa, en definitiva, transmite como materiales *primarios* para la historia del presente, o para cualquier tipo de historia, dos tipos principales de ellos: “discurso” y “acontecimiento”. El primero necesita ser registrado, analizado, clasificado, comparado, para determinar su alcance, el lugar relativo que ocupa en el uni-

30. B. BARRÈRE: “¿Polisemia de la prensa? Variante e invariante”, en B. BARRÈRE, J.F. BOTREL Y OTROS, *o.c.*, p. 248.

31. *Ibidem*.

32. A. RODRIGUEZ DE LAS HERAS: “La alteración de la información en la prensa: un artificio metodológico”, en B. BARRÈRE, J.F. BOTREL Y OTROS, *o.c.*, pp. 311 y ss.

verso cultural o en cualquier otro ámbito de lo social, y su influencia. Los acontecimientos, para aceptarlos como realidad histórica *comprobada*, necesitan por lo pronto de una contrastación obligatoria. Ninguna noticia de prensa debe ni puede ser aceptada por un historiador sin su contrastación rigurosa cualquiera que sea la vía para ello.

Es difícil la clasificación de la prensa como fuente histórica voluntaria o involuntaria, pero desde el momento en que toda prensa pretende influir en un universo de lectores o receptores está mucho más cerca de este segundo tipo con los problemas críticos específicos que ello conlleva. Los problemas de *crítica* que la prensa presenta como fuente no son en este caso distintos de los problemas generales de la prensa de cualquier época y tampoco muy distintos de los que presentan otras fuentes.

En otro ámbito de problemas, pero relacionados siempre con el mundo informativo que representa la prensa, Pierre Nora señaló ya que el hecho de que la historia del presente estuviese como “encartelada” entre periodismo y antropología había hecho de ella el objetivo de una casi obligada banalización. La relación y hasta la colusión entre periodismo e historia del presente es un hecho evidente, del que cada día hay más ejemplos que prueban la debilidad de la “historiografía académica”, con resultados dispares, pero ello no debería ser motivo de confusión. Periodismo e historiografía del presente siguen siendo cosas diferentes, no puede creerse que el periodista sea el “historiador natural” del presente. El periodista no es historiador ni viceversa. El periodista “de investigación” de hoy se ha convertido de hecho más que en transmisor de noticias en “un creador” de ellas, con las dosis de manipulación que puede sospecharse. El periodista no es el historiador sino que éste tiene que considerar lo que transmite el periodista como un objeto de trabajo posterior o como una parte de su objeto. Pero estas funciones distintas de historiador y el periodista de la actualidad no pueden ser estudiadas fuera del marco que nos presenta una profunda mutabilidad de la realidad, significación tecnificación, papel y poder social de los *media* en las sociedades actuales.

La relación entre el nacimiento de la historia del presente y la aparición de un nuevo tipo de periodismo ha sido también destacada por Jean-Pierre Rioux con intención provocadora evidente y adentrándose con ello en la lucha contra el viejo tabú de la colusión entre historiografía y periodismo en el terreno de lo muy contemporáneo³³. La historia del presente no habría nacido si no se hubiese producido,

aunque sea de forma marginal, dice Rioux, una convergencia provocadora pero fructuosa entre historiadores deseosos de actualidad y periodistas buscando la legitimidad historiográfica. Sería un encuentro que debería desarrollarse libremente y del que todos tendrían algo que aprender pero sin confundir nunca los campos. Ni la historia del presente puede ser “periodismo de investigación” ni el periodismo puede pretender una explicación fundamentada de lo histórico-presente.

Tanto el periodismo como la historiografía han evolucionado profundamente. Existen hoy una producción y una difusión creciente de relatos periodísticos acerca de lo coetáneo; hay también un “periodismo retroactivo”, como le ha llamado Rioux. Las “historias” del periodista suelen ser no sólo monográficas, sino puntuales. Estas historias pueden estar excelentemente informadas pero tienen un estilo peculiar, directo y “aproblemático” o no problematizado. Desde los años sesenta en Francia y desde los setenta en España empezó a proliferar este tipo de periodismo y no ha hecho sino crecer. El historiador tiene esencialmente otra forma de valorar la realidad y de acopiar y emplear sus fuentes. Es claro, en todo caso, que es mucho más fácil el ridículo de ciertos historiadores que imitan a los periodistas, que el descrédito de periodistas que intentan hacer sesuda Historia.

En el periodismo se dan hoy ciertas formas de “recensión de la actualidad” que se han convertido en una crónica durable; tal es el caso de los *dossiers* sobre los más variados temas, de los extras temáticos sobre asuntos de actualidad, etc. La aparición de los historiadores en los media, hasta el punto de que se haya podido decir por Herbert Lottman que los historiadores de ahora “prefieren la televisión a los archivos”, es la otra cara de la medalla. Los periodistas de actualidad solicitan muchas veces el asesoramiento de los historiadores.

3.2.2. *La peculiaridad de las estadísticas*

En general, *encuestas* de todo tipo y *sondeos* forman una batería de fuentes de información que obligan al historiador a trabajar con unas técnicas para las que no está acostumbrado ni, en la mayoría de los casos, preparado para utilizar. Pero lo cierto es que nuestro mundo no sería el que es sin la existencia de los sondeos y las

33. J-P. RIOUX: “Entre histoire et journalisme”, en A. CHAVEAU y PH. TÉTART (eds.): *Questions à l'histoire du présent...*, o.c., pp. 125-132. El asunto ha sido destacado también por J-F. SOULET: *L'Histoire immediate*. Paris, PUF, 1994, pp. 31 y ss.

estadísticas. Es posible leer casi todo tipo de despropósitos escritos por historiadores “clásicos” sobre la desconfianza con que deben mirarse todas las informaciones en forma de “estadísticas”. Aunque, por desgracia, la cosa no se limita a los clásicos... Muchos historiadores han sostenido, con una visión desconsoladoramente superficial del asunto, que la visión estadística de ciertos fenómenos eliminan el sujeto, pierden al hombre y al actor, que una estadística es siempre un refinada mentira, que siempre hay distorsión de la realidad y cosas de ese mismo estilo.

Esta opinión superficial ignora que el aparato estadístico con el que se expresan ciertos fenómenos, de toda índole, constituye un discurso consciente de sus limitaciones, que tiene su propio código y su propia lectura. Ignorar que las estadísticas son una forma de aproximación a la realidad que tiene sus propios cánones y que no pueden interpretarse fuera de ellos y para unos precisos fines –la generalización no puede prescindir de ellas–, que no es meramente el discurso de lo cuantitativo, etc., es algo común, de lo que se deriva toda clase de incomprensiones y de malos usos de ellas y es algo además que muchas veces fomentan los mismos *magos* de las estadísticas. El dicho irónico de que a las estadísticas se les puede hacer decir cualquier cosa tiene una inmensa parte de verdad. Pero ello sólo es posible cuando la “estadística” se lee al margen de su significado intrínseco; la estadística no es nunca una realidad en movimiento: es una fotografía. En la misma simplicidad se incurre cuando se pretende que la estadística puede darnos cuenta del “sujeto”. La información bajo el código de lo estadístico –aquella preparación de los datos que intenta generalizar válidamente la amplitud de un fenómeno desde una pequeña muestra de individuos afectados– tiene siempre sus aplicaciones propias, en modo alguno universales. Sin embargo, es evidente que en la historia del presente, junto a este tipo de informaciones, es posible manejar otras muchas que nos facilitan la posibilidad contraria: la que refleja al individuo.

3.2.3. *Las fuentes orales y los documentos personales*

En este breve repaso de algunas formas peculiares de fuentes para la historia del presente no podría obviarse una referencia por mínima que fuese a uno de los grandes acervos fontales, como serían las *fuentes orales* y los *documentos personales*, un tipo de huellas históricas en los que algunos tratadistas vieron en su momento, en los años ochenta principalmente, el fundamento esencial para promover una historia del presente, entendiendo ésta, sobre todo, como aquella en la que el historia-

dor podía interrogar directamente a testigos y protagonistas³⁴. El tema es lo suficientemente amplio e importante, y ha concitado tan alto número de escritos, como para que sea difícil aquí otra cosa que esta llamada de atención sobre su importancia.

En efecto, los modos posibles de escritura de la historia del presente hacen de obligada contemplación la cuestión de las fuentes orales. La historia del presente se caracteriza, entre otras cosas, porque es la única historia donde conceptualmente se da el hecho de que viven protagonistas. Mientras viven hay historia del presente con ellos. A ello se suma la particularidad también de que la historia del presente tiene como ninguna la posibilidad de “construir sus fuentes”. Así surge la “palabra-fuente” que como fuente presenta problemas extremadamente específicos. La problemática de lo que podríamos llamar “testimonialismo”, derivada de esta “era del testigo” en la que se dicho que estamos, es muy diversa. Las fuentes orales, en fin, tiene los problemas centrales y agudísimos, se ha dicho, de toda fuente histórica que es extremadamente voluntaria³⁵.

Las fuentes orales (FO), bien como una forma más de información compatible y complementaria de otras, bien como el fundamento de una específica *historia oral* —lo que son dos empresas distintas— son esenciales para cualquier historia de nuestro tiempo. Su uso, en ambos sentidos, ha dado lugar desde hace años a la creación de un campo historiográfico preciso. La historia del presente no se identifica ya hoy necesariamente con aquella que se apoyó en lo esencial en el uso de este tipo de fuentes, pero evidentemente tiene en ellas un elemento de excepcional importancia. A nuestro modo de ver, el problema de la historia sobre fuentes orales o de la historia oral estriba en la exquisita acuidad conceptual, epistémica y metodológica que la construcción de una historia de ese tipo reclama. Los problemas epistemológicos de las fuentes orales son grandes y conocidos, empezando por los problemas de las técnicas de registro y depósito y de contrastabilidad, sobre todo en el caso de que se pretenda hacer Historia con fuentes orales y no Historia Oral. Las fuentes orales tienen también la peculiaridad de que son un recurso compartido con otras investigaciones de la realidad social.

34. Véase lo que decimos en *La Historia vivida...*, o.c., pp. 45 y ss.

35. R. FRANK en *Questions...*, o.c., p. 113.

La Historia Oral ha tendido a convertirse en una historiografía tendida hacia ciertos espacios sociohistóricos concretos: la historia “desde abajo”, de la marginalidad, de los dominados, de los sufrientes. Su legitimidad es incuestionable, pero la impropiedad de esta determinación también lo es. El historiador del presente debe tender a ser aquel que hace un amplio uso de las fuentes orales, pero en un espacio conceptual más amplio, de una historia de mayor totalidad. Hay una tipología de testigos que debe distinguir entre aquellos que manifiestan que “han hecho” la Historia y los que dicen que la “han sufrido”. Los que se libran a un testimonio estructurado, preparado, y los que muestran sus recuerdos menos ordenados y espontáneos. O bien, el testigo que se siente representante de un grupo o el que es individual.

Por esto, técnicamente, sería importante establecer una distinción entre fuentes orales *estandarizadas*, como lo son, en general, las historias de vida, y las fuentes orales *construidas*, que el historiador y el antropólogo preparan a la medida de lo que pretenden investigar. Existen fuentes orales a la medida de los fenómenos *individuales* y personales y otras que se centran en experiencias *colectivas* (exilios, guerras). Hay memorias colectivas expresadas en medios orales que precisan de un tratamiento especial.

